

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXII

Mayo de 1955

Núm. 359



Puntos de vista

Dignidad del escritor



CON razón se ha dicho que los escritores nos dan la cifra del mundo. Y, esta misión ineludible presenta, por lo menos, dos vertientes. De un lado, el respeto a la verdad sin pactos ni concesiones. De otro, la íntegra conservación de la dignidad, en los estrictos dominios íntimos y en sus proyecciones sobre los demás seres. De esta ecuación, de este equilibrio depende la validez de una obra.

Como es sabido, los momentos de efervescencia política y literaria son adecuados para los diálogos entre Pasquín y Marforio, esos dos personajes a quienes la indudable severidad del pueblo romano, en siglos pasados, confirió beligerancia, valor de orientación, de VOX POPULI, digna de ser tenida en cuenta por reyes y Papas, por cuanto significaban preciosa información sobre el estado de los ánimos colectivos.

Pasquín fué un artesano, un sastre que había establecido su taller en las calles próximas al palacio Braschi, casi en el corazón de Roma. Sus ironías le hicieron famoso, temido por los grandes magnates. Y el nombre

del sastrero camorrista y pependenciero fué dado a la estatua de un héroe desconocido, resto mutilado de un grupo de estilo griego. Los ciudadanos de Roma tuvieron el privilegio de colgar en los brazos de Pasquín carteles de meticulosa caligrafía, panfletos rebosantes de gracia, esquemas y voces de aguda ironía. Los sobrinos de un papa quisieron destrozar al viejo héroe y arrojarlo al Tíber. Pero los versos de un poeta supieron dar a tiempo un aviso de prudencia. La estatua siguió en pie. Hubo miedo de que sus restos, perdidos en lechos fluviales, dieran nacimiento a un grupo de ranas, difíciles de acallar.

Con el tiempo, el monólogo de cáusticas ironías se convirtió en diálogo. El interlocutor fué Marforio, otra estatua, representación de un río, hallada en el Campo de Marte, colocada hoy día en el Capitolio, resistiendo con sus ojos hundidos la curiosidad viajera de turistas, peregrinos y despreocupados financieros.

Entre los dos compusieron durante siglos una especie de diario popular, en partida doble. Uno y otro se planteaban las cuestiones más arduas, delicadas, íntimas, de contenido social. Las respuestas eran tan rápidas y habituales que constituyeron un verdadero diálogo, bellos modelos de lengua italiana, con reminiscencias latinas, cuando la idea quería ser encuadrada en la frase breve. Sólo en el fluir del tiempo, próximas las convulsiones de la unidad nacional italiana, los dos héroes abandonaron sus conversaciones. Pasquín continuó en su plaza, custodiado por un centinela. Marforio co-

noció las polvorientas brisas del alcor capitolino. Quién sabe si cuando el viento sopla propicio vuelven a sus diálogos, en voz queda, usando la palabra que se formula en silencio, que resuena y se expande, sin embargo.

Todo hombre conserva en lo más recóndito de su espíritu las imágenes de Pasquín y de Marforio, diversos en apariencia, pero en sólida amalgama, dispuesta a disociarse en grandiosa dualidad, en el yo personal, intransferible, y en la proyección grotesca, saltarina, sin responsabilidad.

Posiblemente la diferencia entre un hombre sensato y un demoleedor de dignidades humanas consiste en que sus dos potencias en diálogo viven y actúan en vigilancia permanente o sin centinelas.

Estas consideraciones anecdóticas, con un signo histórico de validez social, pueden orientarnos en la tarea de fijar algunas diferencias de criterio. Y así es, en efecto, porque entre el juicio tendencioso, viciado en su origen, y la opinión limpia, aunque sea dolorosa, hay un abismo, cuajado de inexorables vértigos.

El escritor se debe a la verdad, a la que es soporte de su espíritu y a la que constituye el patrimonio de los demás. Cuando se enfocan los hechos incumbe, de antemano, haber reunido los cabos dispersos, es necesario iluminar las zonas de aparente oscuridad. Sólo entonces cabe el juicio de aprobación o de condena.

La dignidad del escritor equivale a nobleza e hidalguía en los procedimientos, a lealtad en su más genuino sentido.

Pasquín y Marforio significaron en su época muy dispares métodos de crítica, en cuyos extremos tenían asiento la precipitación y el rencor, el equilibrio y el afán de comprender.

El escritor que desea revestir sus obras de cierta trascendencia no se plantea el problema de saber cuál de las dos posturas es la más conveniente, la de mayor contenido humanístico.